# ESCARDI

(Juan M. Barranco)

# EL PODER DE LA VOZ

*Una historia que te atrapará*
*por el youtuber más sensual de la red*

mr

# INTRODUCCIÓN: EL COMIENZO

Escardi abrió los ojos tras haber dormido durante todo el viaje. Observó las calles de Madrid, cuyo coche iba dejando atrás.

—¿Estás preparado para comenzar tu nueva vida, hijo? —le preguntó su padre.

—Eso creo, aunque tengo un poco de miedo... —contestó Escardi.

—Tranquilo, todo irá bien —le tranquilizó su padre, sonriéndole.

Llegaron a su destino. Escardi bajó del coche y observó todo lo que había alrededor: las calles, las personas, el ambiente... Incluso la temperatura de la ciudad le parecía rara. Todo era nuevo para él.

Sacó su equipaje del maletero y, junto con su padre, se dirigió a su nuevo hogar. Escardi llamó al timbre y al momento le contestó una voz masculina.

—¿Sí?

—Soy Juanma —respondió Escardi.

—No, gracias, no queremos propaganda —le respondió la voz con enfado.

—Que no, que soy Juanma. El nuevo inquilino.

—Ah, vale. Ya decía yo que tu voz no se parecía a la del cartero comercial —le respondió la voz entre risas.

Se abrió la puerta y Escardi subió a su nuevo hogar. En la puerta de casa le esperaba un chico, de unos veintiocho años, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, *salao*, ¿qué tal? Soy Luis, pero puedes llamarme Lokillo.

—Hola. Me llamo Juanma, pero me puedes llamar Escardi. Este es mi padre —dijo Escardi mientras estrechaba la mano a Luis.

—¡Anda! ¡Pero si eres andaluz! Mola, me gusta Andalucía. Sobre todo la fiesta de por allí, aunque bueno... Deberíais trabajar más, que sois unos vagos —dijo Luis entre risas.

—Bueno, yo me voy ya —intervino el padre de Escardi—. He de volver al pueblo y aún me quedan horas y horas de viaje. ¡Hasta luego!

Tras despedirse, se alejó y Escardi se quedó callado mirando cómo se iba su padre. Ahora estaba solo (más o menos) en la ciudad.

—Te lo he dicho en broma, ¿eh? —siguió hablando Lokillo—. Anda, pasa, que te enseño tu habitación y te presento a la otra compañera de piso. Pero cuidado con ella, que tiene mucho carácter. Así que... ¡no la enfades!

Luis le mostró el piso a Escardi. Tenía tres habitaciones, una cocina, un salón, dos cuartos de baño y una despensa. A continuación, llevó a Escardi hasta su nueva habitación.

—Este es tu cuarto. Bienvenido a Madrid —le dijo Luis para, a continuación, alejarse bailando por el pasillo.

Escardi le sonrió y comenzó a inspeccionar la habitación. Le sorprendió mucho lo grande que era. Resultaba perfecta en cuanto a tamaño y acústica. Allí podría hacer buenos doblajes, de mayor calidad que los que había hecho hasta entonces.

Esto pensaba, cuando de pronto, en la habitación de al lado, oyó gritar a Luis.

—Que no, que no es así. Que Beyoncé es mejor que David Bisbal —decía Luis.

Escardi se acercó corriendo a la habitación de Lokillo y al abrir la puerta le vio discutiendo con una chica rubia. Era la otra compañera de piso, que miró a Escardi sorprendida.

—¿Qué tal? Soy Danann. Bienvenido —saludó a Escardi, dándole dos besos—. Perdona por el ruido: es que Luis muchas veces es muy cabezota.

—No, cabezota no. Es que Beyoncé es mejor cantante que Bisbal —dijo Luis, señalando con el dedo de manera algo agresiva.

—Que sí, que sí. Lo que tú digas —zanjó la chica—. En fin, ¿te gusta la habitación, Escardi?

—Sí, es muy acogedora —le contestó sonriendo.

—Me alegro. Espero que disfrutes de Madrid y de tu nuevo hogar.

—Seguro que no te alegrarás tanto cuando se ponga a doblar y a hacer voces *sensuales* a todas horas —dijo Luis.

—Ains... Calla... No le hagas caso, que está muy *hater* hoy —le dijo Danann a Escardi.

Más tarde, ya anocheciendo, Escardi había deshecho todo su equipaje, colocado su ropa, montado su ordenador, conectado su micrófono de doblaje y... se tumbó en la cama, agotado.

—Bueno, pues aquí comienza mi nueva vida. Ojalá todo salga bien —pensó Escardi, mirando al techo.

Entonces cerró los ojos y, al cabo de un instante, se durmió.

# 1
# LA LLAMADA MISTERIOSA

Ha pasado un año desde que Escardi llegó a su nuevo hogar en Madrid. Con esfuerzo, trabajo, constancia y dedicación consiguió situarse y dedicarse al doblaje, cumpliendo de esta manera su más preciado deseo.

Aquel día Escardi despertó de forma muy molesta debido a los numerosos golpes que alguien propinaba en la puerta de su cuarto. Miró el reloj y vio que era aún muy temprano, pero los golpes continuaban retumbando en su puerta, por lo que, luchando contra las ganas de seguir durmiendo en su apacible cama, se levantó para abrir la puerta. Era Luis.

—¿Qué haces aún durmiendo? Estos andaluces —le dijo Luis, con tono enfadado.

—Lokillo... ¿Qué quieres a estas horas? —le preguntó Escardi con los ojos aún medio cerrados.

—¿Y tú que haces en calzoncillos y con unas bragas en la cara? —le preguntó Luis, extrañado.

—Ya sabes que así duermo mejor: me siento más seguro y además me viene bien para el cutis —le explicó Escardi.

—Bueno, da igual, vayamos al grano: te han llamado para que vayas a un estudio de doblaje para doblar una nueva película.

—De acuerdo. ¿Qué estudio y cuál película?

—No lo sé. Solo me han dicho la calle y el número. ¡Ah! Y que tienes que estar allí en dos horas. Así que despiértate, vístete como sea y corre —dijo Luis a Escardi mientras le entregaba el papel con la dirección del estudio de doblaje.

Escardi comenzó a vestirse a toda velocidad. Como era casi invierno, buscó algo abrigado para ponerse. Eligió un pantalón vaquero corto, una camiseta y una sudadera ancha con el símbolo de Dragon Ball en la espalda, además de un gorro. Luego corrió a la cocina a desayunar, se lavó los dientes, se peinó su sensual y preciado pelo (todo hay que decirlo: Escardi tiene un pelazo sensual), se arregló un poco frente al espejo, fue a la habitación de Luis a pegarle una colleja, como todas las mañanas —lo hacía solo para molestarle—, y salió de casa.

En la nota con la dirección del estudio de doblaje solo ponía: «Calle de la Misteriosidad, nº 666». ¿Qué diablos era eso? Escardi pensó que era una broma, así que llamó a Luis para asegurarse.

—Lokillo, acabo de leer la nota que me diste, la de la dirección... ¿Es una broma?

—Qué broma ni qué payaso muerto. He apuntado la dirección que me dieron.

—¿Pero solo te dijeron esto?¿Nada más?

—Mmmm... ¡Sí me dijeron algo más! Que esperes en la puerta de casa, que va a venir a buscarte una persona para llevarte —le respondió Luis.

—¿Y ahora me lo dices? ¿Para qué apuntas entonces la dirección? Que estaba yéndome para ese sitio —le dijo Escardi, enfadado.

—Lo he hecho para trollearte un poco, por pesado, que siempre me estás dando collejas. Ahora vete a esa historia y luego me cuentas. ¡Suerte! Y adiós.

Escardi cortó la llamada, regresó al portal y se puso a esperar a que vinieran a recogerle. Tras quince minutos apareció un coche que paró delante de Escardi. El vehículo tenía un aspecto raro, diferente, misterioso. Era de color negro, pero con toques azulados, con los cristales tintados de negro y llantas rojizas. La matrícula no era de Madrid, incluso no parecía ni de España. Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre trajeado, con sombrero y gafas de sol negras. Tenía una mancha negra en la mejilla derecha y una barbilla acentuada. Era alto, delgado y... muy espeluznante.

—Sube —le dijo el conductor—. He de llevarte a tu destino.

Escardi subió al coche y comenzó el trayecto hacia el estudio de grabación. El viaje se le hizo incómodo. El conductor no hablaba, incluso parecía que ni respiraba. Solo movía las manos y las piernas. Escardi intentó hablar en varias ocasiones pero en el último momento prefería callarse, por miedo a que el conductor fuera un alien o un vampiro y se lo comiera allí mismo, cual lombriz en una jaula de pájaros. Lo raro del encuentro hacía que se le fuera un poco la olla.

Al cabo de media hora de trayecto, bajo una tensión continua, llegaron al destino. Era una calle estrecha, sin salida. No había peatones paseando. Al fondo había una puerta de metal.

—Ya hemos llegado. Puedes bajar. Mucha suerte: la necesitarás —le dijo el conductor.

—Pero... ¿Es que son muy exigentes? —preguntó Escardi, extrañado.

—Digamos que... tendrás que hacerte valer en casi todos los aspectos. Y no «sensualmente» que se diga —le contestó el conductor, mostrando una sonrisa macabra.

Tras terminar esta breve conversación, y con Escardi casi meándose en los pantalones debido al miedo que le producía ese hombre, el coche se alejó, dejando a nuestro hombre solo frente a la puerta de metal.

Como no podía hacer otra cosa, se acercó a la puerta y tiró de ella, pero no se abría. Entonces observó que había un cartel justo encima, donde ponía «Empujar». Escardi se rio durante un momento, empujó la puerta y entró. Lo primero que se encontró fue un pasillo oscuro. Pulsó un interruptor que había junto a la puerta y se encendieron todas las luces. Observó que había unas escaleras al fondo. Parecían subir a un primer piso. No se escuchaba ruido de gente, ni pasos, ni voces, ni música, ni nada parecido. Solo se escuchaban la soledad y la tristeza del lugar (por decirlo con el «modo poético» encendido, *Ayy lmao*).

Subió al primer piso, donde observó el estudio de doblaje. Entró, pero no había nadie, ni en la sala de grabación ni en la de montaje.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —gritó Escardi sin obtener ninguna respuesta.

Entró a la sala de grabación y observó un papel con frases escritas. Escardi dedujo que serían partes del guion de la película anotadas por el director de doblaje.

—Seguramente habré llegado antes de lo previsto, así que aprovecharé y practicaré un poco —pensó Escardi mientras curioseaba por la sala.

En la sala de grabación solo había un micrófono, un atril y una pantalla de televisión un poco antigua. Se acercó al atril y colocó la hoja en él. Comenzó a pronunciar algunas frases, cuando de pronto Escardi vio que había algo pegado justo debajo del atril. Se agachó para ver qué era. Una nota. La cogió y le echó un

vistazo. Ponía: «No leas esto en voz alta bajo ningún concepto o entrarás a formar parte de la historia».

—¿Cómo? ¿Órdenes a mí? Pues ahora, por tontos, lo voy a hacer. Y no en voz alta, ¡sino gritando! —dijo Escardi de forma amenazante.

Leyó la nota a voz en grito y de repente comenzó a temblar toda la habitación, agrietándose las paredes e iluminándose la pantalla de televisión. Escardi no podía moverse, no podía hablar. Solo podía observar cómo, de pronto, una de sus manos se desmaterializaba y era absorbida por la televisión. Después le pasó lo mismo a su otra mano, después sus pies y luego todo el cuerpo, hasta ser absorbido por completo. Solo podía pensar en que era su fin, que estaba a punto de morir. Cerró los ojos, resignado, y entonces recibió un fogonazo en plena cara.